

GUIDO MORSELLI

DISSIPATIO H.G.

Traducción de Diego Bigongiari



Morselli, Guido

Dissipatio H.G. / Guido Morselli ; prólogo de Diego Bigongiari. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2023.

160 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Diego Bigongiari.

ISBN 978-987-628-727-2

1. Novelas. I. Bigongiari, Diego, prolog. II. Título.
CDD 853

Título original: *Dissipatio* H.G. by Guido Morselli

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: septiembre de 2023

© 1977 by ADELPHI EDIZIONI S.p.A, Milano
Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent

© de la traducción Diego Bigongiari, 2023

© del prólogo Diego Bigongiari, 2023

© de la presente edición Edhasa, 2023

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-727-2

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.500 de *Dissipatio* H.G., de Guido Morselli, se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., en agosto de 2023.

Guido Morselli y la muchacha del ojo negro

Guido Morselli (1912-1973) es quizá el escritor más trágico de la literatura italiana del siglo xx. La vida de los escritores suele carecer de dramatismo, y quizá por eso escriben. Pero la de Morselli fue una vida dramática, oculta tras la fachada de un origen acomodado en la burguesía boloñesa, si bien criado en Milán. Desde muy joven, sintió la succión de las letras, que era lo único que le interesaba: leer y escribir. Terminó con retraso y sin entusiasmo el secundario y, por orden de su padre (con quien siempre se llevó mal), tuvo que estudiar leyes y trabajar, sin interés, en una empresa paterna. Lo afectaron mucho la temprana muerte de su madre (cuando él tenía 12 años) y luego la de su querida hermana mayor. Asegurado su pasar con un monto vitalicio que le otorgó su progenitor, tras el servicio militar Morselli se dedicó a viajar y escribir. Durante la Segunda Guerra Mundial, fue enrolado y enviado al frente africano. En su *Diario*, hay testimonios de esta experiencia. Tras la guerra, recluido en una sencilla casa de campo que su padre le construyó en Varese, Morselli se dedicó (además de ocuparse de la tierra y la casa) a escribir artículos, ensayos y relatos que comenzó a publicar, solo en mínima parte y sin mayor fortuna, en diarios y revistas de provincia. Entre ellos, un ensayo sobre el suicidio.

En su biblioteca, había grabado las palabras del Evangelio según Mateo: “*Etiam si omnes, ego non*” (“incluso si todos, yo no”).

En los años sesenta, comenzó a escribir novelas, nunca muy largas: fueron más de media docena y todas siempre rechazadas por las principales editoriales italianas. En 1966, la editorial Rizzoli aceptó publicar *Il Comunista* (un año antes devuelta por el director editorial de Einaudi, Italo Calvino, con una dura crítica), pero cuando ya estaba en pruebas cambió el director editorial y se canceló la publicación.

Políglota, dotado de una vasta cultura, fruto de sus lecturas, en sus ensayos, diarios y novelas Morselli despliega un abanico de intereses que van de la teología y la religión a la filosofía y la política, la historia y la naturaleza, la existencia humana y la mujer: una de sus novelas, *Incontro col comunista*, está escrita en primera persona femenina. Pero estos textos, algunos históricos y otros de ciencia ficción o ucrónicos, no se aproximaban al común de la novelística italiana de aquellos tiempos. *Dissipatio H.G.* (por *Humani Generis*) fue la última que terminó y que, tras ulteriores rechazos editoriales, provocó su definitivo encuentro con aquella que en varios de sus textos (en estas páginas también) llamaba “la muchacha del ojo negro”: una Browning 7.65. Tras su suicidio, se desató un debate acerca de los escritores ignorados en vida: lo aprovechó la editorial Adelphi, que publicó al año siguiente la ucronía *Roma senza papa* y, en años sucesivos, toda su obra. De alguna manera fue una reparación, ya que uno de sus tres fundadores, Luciano Foà, en 1956 en la editorial Einaudi había perdido el original de un ensayo de Morselli que nunca más fue hallado. Al matarse, estaba escribiendo otra ucronía llamada *Uonna* (de *uomo*, hombre, y *donna*, mujer) sobre un mundo sin dimorfismo sexual humano.

Tras publicarse su obra póstuma, una asombrada crítica descubrió en Morselli no solo una pluma brillante, aguda e inteli-

gente, dotada de gran humor, sino también un don para elaborar tramas y desarrollar sus personajes y paisajes o recrear atmósferas históricas o de ficción, así como una rara riqueza de vocabulario no solo italiano, como podrá apreciar el lector de estas páginas: las numerosas expresiones en otros idiomas aquí no llevan una traducción, porque el original italiano tampoco las tiene y porque, como el traductor ha comprobado, todas pueden fácilmente traducirse con ayuda de un celular o computadora e internet. Hoy es considerado uno de los escritores italianos más descolantes del siglo pasado. Sus novelas fueron traducidas al alemán, inglés, francés y polaco. Al castellano, se tradujeron *Divertimento 1889* y *Roma sin papa*. Esta es la primera traducción a nuestro idioma de *Dissipatio H.G.*, ya publicada en francés, alemán, polaco y recientemente en inglés.

Diego Bigongiari

I

Naufragios fónico-visuales me hacen compañía, y son lo que más directo me queda de “ellos”. Puramente verbales, dos (de los noticieros de la radio, supongo): fallido secuestro y logrado estupro de una muchacha en un avión de la Olympic Airways; y este otro en inglés, quizá de la poco fiable *Voice of Europe: A favorite Polish joke goes, we feign to work, the State feigns to pay us.* Y dos imágenes: una botella, con una corona real sobre el fondo y escrito en rojo: Seagram’s Canadian Whisky. El cuadradito blanco del campo de tenis detrás del Hôtel Bellevue, en el ocular de mis binoculares. La memoria involuntaria no tiene nada más, y esos recuerdos fluctúan insistentes y vagos.

Naufragios inconsistentes, y ya reliquias. Desde aquella noche ha transcurrido medio mes, y podría también decir medio siglo. Un largo pánico, en principio. Y después, pero desaparecida pronto, incredulidad, y luego de nuevo miedo. Ahora la adaptación. ¿Resignación? Diría precisamente aceptación. Con intervalos de proterva hilaridad y de feroz alivio.

Salgo de la sede del diario. Allí trabajaba de joven y regresé, lo recorrí todo, para una confirmación. La confirmación estuvo: tengo en los ojos el gesto absurdo de las linotipias, cuyos brazos esqueléticos siguen, quién sabe cómo, alzándose y bajándose.

Cuando “ellos” desaparecieron (a las dos de la mañana), el trabajo estaba en ese punto, en la tipografía, los linotipistas que componían, las rotativas no todavía en movimiento; la redacción, arriba, que repasaba los últimos cables. Los flashes de agencia quedaron abandonados en los teletipos (y no me preocupé por leerlos, vi que estaban interrumpidos: los mensajes cesaron al otro lado del télex; aquí, todo era normal). En su estancamiento privilegiado, la IBM con las luces rojas encendidas. Por lo demás, las oficinas del diario están iluminadas; en la de la secretaria de redacción, que era siempre la señorita Manàss, un pequeño ventilador sigue zumbando sobre la mesa. Ella estaba escribiendo, la pluma está cruzada sobre la hoja, como caída de su mano. Pero el sillón no está tumbado. Al contrario, no está separado del escritorio. ¿Cómo hizo la señorita Manàss para abandonarlo?

Mi diario, debidamente laico, tiene su sede (la tenía) frente al obispado luterano. En mis tiempos era obispo el doctor Burg, un hombrecito que conocía solo de vista, pero que al cruzarme se tomaba el trabajo de saludarme él primero. El obispado, un edificio barroquito austríaco, hoy está vacío. En un nicho en una esquina del edificio veo una manija, con escrito en corteses caracteres góticos: “Para emergencias, llamar a cualquier hora”. Tiro de la manija, una campanilla invisible atraviesa el aire sofocante con su tañido dominical. Vuelvo a tocar. El obispo estará en visita pastoral, o de vacaciones; o evadido él también con todos sus acólitos y sus fieles, como los otros, como todos. Como los tutores del orden establecido. Más allá, reconozco el puesto de policía de la calle del Teatro. Entro: recorro los ambientes en los dos pisos, del cuerpo de guardia a la centralita telefónica. No veo a nadie. Sobre la esquina de la Nueva Aduana, un paraguas de mujer abierto y dado vuelta, en el suelo, y una cartera. Un taxi está en la acera, delante de una casa. Recojo la cartera, hay una

chequera, un reloj de bolsillo remontoir auténtico y antiguo, detenido en las dos y con la dedicatoria grabada: “To Meggy Weiss Lo Surdo, Happy hours”. La bonita Meggy vuelve tarde de una noche con amigos (o con el amigo): está por cruzar la puerta cuando algo ocurre que la obliga a partir de repente, dejando los bienes terrenales que tiene consigo, en su cartera.

El mismo llamado urgente, indiferible, prepotente pero imparcial, lo escuchó el modesto conductor del taxi. También él obedece dejando lo que tiene de más valioso, su auto.

Yo no amo a Crisópolis, al contrario, no puedo soportarla. En ella he descubierto mi anticipo, la afirmación triunfal de todo aquello que yo rechazo, la elegí como centro de mi detestación del mundo; un *caput-mundi* en negativo. Mi “fuga saeculi” fue, ya entonces, fuga de esta precisa localización del “siglo”. También, el hecho de que aquello que tengo frente a los ojos me resulta implausible y tétrico.

Crisópolis está vacía. Ordenada, tranquila, en las calles, en las plazas, en los *quais* como en el centro, como debía ser aquella noche, a las dos, pero vacía. ¿Cuántos eran? Cuatrocientos mil, cuatrocientos veinte mil. En todo caso, *eran*.

Vengo en búsqueda de algunos millares de desaparecidos. Los habitantes de mi valle, y aquí encuentro el megaéxodo, la desertión en masa. Un evento (inimaginable) aquí también sorprendió a la gente en el sueño: la suspensión nocturna de la vida colectiva simplemente se prolongó, indefinidamente prolongada. Porque, si yo sigo figurándome los fugados, en realidad ellos no se fugaron, como la gente de Pompeya. Ni fueron reducidos a cenizas, como aquellos de Hiroshima. Se marcharon de otra manera. Secuestrados. Extraídos, forzados a salir de sus casas y sedes variadas. De sus propios cuerpos, quizá.

No. De sus cuerpos, parecería que no. De cuerpos, bajo la lluviecita de junio, no hay rastros en Crisópolis. Queda aquello que, si bien era corpóreo, no era orgánico. La pequeña basura de las calles, las entradas usadas del cine, las cajas vacías de cigarrillos; quedan los letreros de neón (y están encendidos), los chorros de agua de las fuentes, los autos en fila bajo los edificios, en las avenidas del parque. La Ciudad de Oro está intacta. Los evadidos (o las fuerzas que los obligaron a evadirse) no se llevaron nada. No sufrieron violencia las mesitas fuera del Café Odeon ni su fachada *Jugendstil*. Los cristales, tras los cuales hace un milenio se sentaron Trotski con su mujer, y Lenin.

Queda también aquello que es orgánico y viviente, pero no humano. La geometría de los tulipanes delante del Hôtel Esplanade, y las acacias que se doblan bajo el peso de sus flores. El famoso jazmín, o gimnosperma, que brota de la centralísima residencia del barón Aaron. Los cuervos sobre el frontón del Teatro Nacional, los gatos en enjambres sobre las graderías del Crédit Financier y de la Diskonto.

Los gatos se persiguen al pie de los monumentos de la finanza Mitteleruropea, mejor dicho Continental. Hacen el amor, chillando en modo perverso. Frente a los portones de la formidable Unión Bancaria, en mis tiempos alguien decía que eran de metal precioso, noté manchas de guano y pensé que se trataba de palomas. Era una gallina. Picoteaba en un montón de hojas sucias, y admito que verla tuvo un efecto traumatizante. Una gallina. No me habrían impactado tanto los caballos del Apocalipsis caracoleando sobre aquellos pavimentos.

Y ahora, la vía del retorno. Apretaba con furia temerosa el acelerador, yo que no soy experto en conducir. A lo largo de cuarenta kilómetros de llanura, los autos fuera del camino no son más de una decena. Me detengo en el punto donde, al venir,

había visto un autobús aplastado contra el concreto de una trinchera. La máquina está retorcida, con los cristales y los asientos en pedazos, pero no hay señal de daños a sus ocupantes. Y se me asoma la idea absurda: ocupantes, allí dentro, no quedaba ninguno, ni siquiera el conductor, cuando la máquina chocó. “Antes” eran los accidentes de auto los que quitaban la vida: en aquel momento, fue el quitarse de la vida (su substraerse, desvanecerse) lo que produjo el accidente. La víctima es la máquina, solo ella. Más adelante, en un prado, un furgón del Correo con las ruedas al aire, y de las puertas abiertas han caído unos sacos: “Valores certificados”. Al lado del asiento del conductor, un fusil; un gendarme custodiaba el furgón. Desaparecido, él también, pero los valores certificados dispersos entre la hierba no corren ningún peligro. Sobre el mismo prado está derecha y detenida una locomotora eléctrica, salida de las vías de tren que corren paralelas a la ruta. El resto del tren está sobre las vías. Me vino a la mente que, cuando era muchacho, los campesinos de aquellas partes llamaban a los vagones de tren “las vacas grises”. Ahora las vacas grises pastan tranquilas, los kilovatios, como los HP, regresan a la naturaleza. Salvajes.

Después la llanura termina, los montes se encierran en torno mío. Curva tras curva subo a través del reino de los robles y las hayas y los castaños de vastas cúpulas, hasta que me acoge la estirpe longilínea, cuyas cumbres se pierden en la niebla. La única y por otra parte la verdadera familia mía los saludaba en otros retornos; y por un momento me invade, como en cada retorno, un placer que es de los pulmones y de la sangre, un sentimiento orgánico. La patria: las casas de madera negra, los cerramientos rojos con marcos blancos y el aire del atardecer que se reanima y se perfuma. Pero mi valle, que remonto, está desierto, las casas no tienen luces. Puedo apagar también las luces del auto, no

encontraré a nadie, nadie deberá apartarse. No veré un rostro, no oiré una voz.

Y me parece injusto y malo. En la ciudad era espectador, aquí yo debo vivir.

A dónde se fueron. Por qué se fueron.

En el pasado, yo hice los elogios de estos montañeses: que no conocían la emigración, como aquellos de valles vecinos, y mostraban una devoción tenaz por su pueblo, un arraigo casi biológico, en épocas en que la montaña no era una instalación industrial ni la nieve, una preciosa materia prima. Cuando se abrió la mina turística no fueron ellos quienes la explotaron, sino los residentes de la llanura que vinieron aquí a construir hoteles, casitas y trenes, y ahora teleféricos y *skilifts*. Ellos, los nativos, se mantienen al margen y reservan a los huéspedes una compasión irónica que se acentúa en invierno, hacia los idólatras del *slalom*. Escribía: pasan fatigando con los animales y las alforjas bajo las luces del Victoria y del Bellevue, a lo largo de las piscinas y los minigolfs, y tienen en los ojos el tedio y la resignación que los habitantes de los “pagos” en el siglo de Constantino sentían hacia las basílicas de la nueva religión.

Ahora los elogios me parecen bien inmerecidos. También ellos desertaron. No logro pensar en una constricción natural. Cedieron ellos también, como los ciudadanos de Crisópolis, a una locura colectiva de la cual ellos, sin embargo, estaban en grado de inmunizarse. O a un mando, al cual empero debían desobedecer. Fueron cómplices; no había fuerza, autoridad, que los pudiera obligar.

Me concedo una difícil esperanza, que mis “pastores”, al menos ellos, se dejen ver. Federica y Juan. Repartían entre sus vacas y cabras y yo una disponibilidad vigilante, no tierna, quizá

afectuosa. ¿Los encontraré allá arriba esperándome, enfurruñados, en la puerta? Hace días y días que no los veo. Ayer me tocó abrir el establo, dejar en libertad a los animales hambrientos.

Widmad está sin vida. Las banderas en fila sobre la terraza del Kursaal hacen fiesta, estúpidamente, solo para mí. Y los geranios que llenan el palacete del municipio, y el semáforo que ojea a la entrada de la plaza del Mercado. El asfalto mojado hace eco a las luces, las fachadas de yeso de los grandes hoteles, solo para mí.

Bloqueo el auto en medio de la calle, no molestará a nadie. El silencio del motor me deja más solo, yo que odiaba ese ruido.

Me encamino rumbo a casa.

Cincuenta minutos de subida, en el silencio que hasta hace algunos días me exaltaba, de un sendero entre los alerces y los abetos. Avanzo con pena. Estoy cansado. Extiendo la oreja, me miro en torno. Tengo miedo.